



DÍA DE LA INMACULADA

Boletín
Real
Academia
de
Córdoba

LA MUJER Y EL DRAGÓN. EL TRASFONDO TEOLÓGICO DE LA HISTORIA HUMANA

Antonio Prieto Lucena

Vicario General de la Diócesis de Córdoba

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Inmaculada Concepción.
Mujer.
Dragón.

El Papa Pío IX, en la Bula *Ineffabilis Deus* de 1854, definió el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María en base al texto de Génesis 3,15, que señala enemistad radical y originaria de María con el diablo. La victoria de Cristo y de María sobre el poder del mal se explicita en el capítulo 12 del libro de Apocalipsis, con la simbología de «la mujer» y el «dragón». El presente artículo se adentra en el rico contenido de estos dos grandes signos, que es necesario descodificar y que constituyen el trasfondo teológico de la historia humana, incluida nuestra propia historia personal.

ABSTRACT

KEYWORDS

Immaculate Conception.
Woman.
Dragon.

Pope Pius IX, in the Bull *Ineffabilis Deus* of 1854, defined the dogma of the Immaculate Conception of the Virgin Mary based on the text of Genesis 3.15, which indicates radical and original enmity of Mary with the devil. The victory of Christ and Mary over the power of evil is explained in chapter 12 of the book of Revelation, with the symbolism of "the woman" and the "dragon." This article delves into the rich content of these two great signs, which need to be decoded and that constitute the theological background of human history, including our own personal history.

Excelentísimo Señor Director de la Real Academia de Córdoba.

Ilustres señores académicos.

Amigos todos.

Dicen algunos estudiosos del arte que la técnica de la perspectiva se desarrolló en el Renacimiento precisamente en torno a la imagen de la Anunciación, el misterio de la fe en el que el ángel Gabriel llamó a María *kejaritomene*, llena de gracia desde el primer instante de su concepción (Lc. 1,28). Creo que todos tenemos pre-

sentes esas pinturas renacentistas: María y el ángel en el centro de la escena, las líneas del patio que se prolongan hacia el interior, y el jardín que nos muestra, en la distancia, la expulsión de Adán y Eva del Paraíso.

Es como si el misterio de la Encarnación, el de María que acoge en sí misma la Palabra de Dios, permitiese al artista ver con mayor agudeza, entender la profundidad, y finalmente descubrir la perspectiva. María Inmaculada da hondura a nuestra vida, apunta a un camino que nos adentra en el misterio de la historia humana¹.

A este tema quisiera dedicar la breve reflexión de esta noche. Me gustaría mostrarles el trasfondo teológico de la historia humana. Estamos muy acostumbrados a analizar la historia desde diversos puntos de vista: económico, social o ideológico-cultural; seguramente estamos menos habituados a contemplar la historia desde su trasfondo teológico, sobre todo cuando el núcleo de este trasfondo es presentado por la Revelación cristiana como la lucha de una mujer y un dragón².

En el texto bíblico de Gn 3,15, llamado por los exégetas *Protoevangelio*, se afirma que Dios pone una enemistad entre María y el demonio. Cristo y María tuvieron las mismas enemistades contra el diablo, tal como señala la Bula *Ineffabilis Deus*, con la que el Papa Pío IX definió el dogma de la Inmaculada Concepción. Si las enemistades de Cristo son las mismas enemistades de María, es claro que tales enemistades deben ser totales, de modo que excluyan cualquier enemistad originaria de María con el diablo, es decir, un estado originario de pecado en María. María, por lo tanto, fue concebida sin pecado original³.

El libro del Génesis nos dice que Dios, después de crear a la mujer, descansó (Gn 2,2). La mujer puede considerarse, en consecuencia, la «obra maestra de Dios»⁴. Recogiendo una tradición muy antigua, Santo Tomás dice: *primum in intentione, ultimum in executione*⁵. Cuando Dios creaba

¹ Cfr. J. GRANADOS-J. NORIEGA: *Betania: una casa para el amigo. Pilares de espiritualidad familiar* (Burgos, Monte Carmelo, 2010) 117.

² Sigo en gran parte el desarrollo de J. F. GALLEGO RISCO: «Fátima: el Evangelio desde el Corazón de la Madre», conferencia impartida en la Basílica de Ntra. Sra. del Prado, Talavera de la Reina (Toledo), el 11 de octubre de 2017.

³ Cfr. POZO: *María, nueva Eva*, 316.

⁴ Cfr. M. D. PHILIPPE: *Seguir al Cordero. Retiro sobre el Evangelio de San Juan I* (Madrid, Palabra, 2012) 87.

⁵ Por parte de lo causado, esta ley expresa el orden en que se producen los efectos en lo causado: «Lo primero en la causación es lo último en lo causado: *Videmus quod id quod est primum in causando, ultimum est in causato*» (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 5, a. 4). Es decir, lo primero en importancia (y generalmente en el tiempo) en el plano de la causación es lo que influye o mueve a las

el mundo, con todas sus maravillas, todo iba dirigido a la creación de la mujer, aunque ésta sea lo último en el orden de la ejecución. Desde este punto de vista, la mujer es la más pequeña de todas las criaturas, la que ha nacido la última de una gran familia, que comenzó por los ángeles, los arcángeles y los principados. Y, como es la más pequeña, es la más querida. Después de crear a la mujer, Dios descansó, porque con ella había creado el germen de la que iba a ser la mujer por excelencia: María de Nazaret.

La Sagrada Escritura señala que, desde muy pronto, la mujer se gana la enemistad del poder del mal, representado en la serpiente (Gn 3,2). La serpiente, movida por la envidia, con su inteligencia angélica —que es muy superior a la de la mujer— consigue arrastrarla a la desobediencia. Sin embargo, el proyecto de Dios no se frustra, ya que aparece la promesa de una victoria futura: «ella te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gn 3,15)⁶.

Esta victoria se explicita en el último libro de la Escritura, en la impresionante lucha que se establece entre el dragón y la mujer. Se trata de la visión del capítulo 12 del Apocalipsis, que nos va a servir como base para comprender el trasfondo teológico de la historia de los hombres, incluida nuestra propia historia personal⁷.

Según esta visión, un «gran signo» aparece en el cielo. Por «signo» debemos entender aquí un mensaje que ha de ser descifrado y decodificado. Estamos, por lo tanto, ante una hermenéutica de la historia, que no se percibe a simple vista y que exige, por nuestra parte, una mirada de fe.

El signo al que nos referimos aparece en el cielo, es decir, en el ámbito de Dios. Se trata del signo de una mujer vestida de sol. Esta expresión «vestida de sol» aparece en forma pasiva, para indicar que es Dios quien la

causas agentes a operar, son los motivos de la acción. Y esto es, como parece claro, el fin u objetivo que se desea alcanzar por medio de tal acción. Cfr. L. VICENTE-BURGOA: «Estructuras y leyes de los hechos causales I», en *Sapientia*, 238 (2015) 28.

⁶ «Es la mujer quien será vencedora del demonio; es María. Puesto que fue la mujer la vencida por el demonio, Dios quiso en su sabiduría que María, la Mujer, fuese la primera de todas las criaturas en ser vencedora del demonio. Ella lo es por los méritos de Cristo en la Cruz. Aquí tenemos la gran victoria de Dios sobre el demonio, y María cooperó plena y totalmente en este gran misterio; en este sentido, ella es la obra maestra. Esto es lo que nos revela la gran visión del Apocalipsis al mostrar a la Mujer vestida de sol y la luna debajo de sus pies, así pues, tocando con sus pies nuestra tierra, pero tocándola sin ser contaminada por su corrupción. El misterio de la Inmaculada Concepción hay que situarlo aquí. Es la Mujer vencedora del demonio, vencedora por Cristo, por los méritos de Cristo Crucificado» (PHILIPPE, 110).

⁷ Cfr. L. CERFAUX: «La vision de la femme et du dragon de l'Apocalypse en relation avec le Protévangile», en *Recueil Lucien Cerfaux* III (1962) 237-251; POZO, 251-259.

viste. Es Dios quien ha hecho a María *gratia plena*, Inmaculada, la llena de gracia.

Recordemos que en el Génesis se nos narra que Dios vistió al hombre después del pecado original. El pecado es darse cuenta de que uno está desnudo, es reconocer la propia pobreza, los propios límites. Para tapar su desnudez, inicialmente, Adán y Eva se vistieron a sí mismos con hojas ásperas, que no eran buenas para la piel. Sin embargo, tras el anuncio del Salvador, en el *Protoevangelio* que hemos comentado antes, Dios los vistió de pieles. En el Targum (la Biblia hebrea) se dice que Dios «los vistió de luz». El sol es el elemento más propio de Dios. Es la criatura que mejor lo expresa. El rostro de Jesús transfigurado resplandecía como el sol. La mujer vestida de sol es la mujer vestida de Dios, de la gracia de Dios: es la Purísima, la Inmaculada Concepción.

La mujer tiene la luna bajo sus pies. La luna es símbolo del tiempo. Los ciclos de la luna configuran los meses del año. Esto quiere decir que la mujer, aunque está por encima del tiempo, no es ajena al tiempo. No está condicionada por el tiempo, por las vicisitudes del tiempo, pero esto no significa que se desentienda del tiempo, al revés, vive completamente insertada en la historia de los hombres.

La mujer aparece coronada por doce estrellas. La corona es signo de un premio ya conquistado. El número doce representa a las doce tribus de Israel y a los doce Apóstoles. La mujer del Apocalipsis representa, por lo tanto, a todo el Pueblo de Dios.

Por otra parte, la mujer está encinta, y grita por los dolores del parto. Estos dolores representan los últimos tiempos de la historia. Se trata de un parto largo y doloroso. Son las vicisitudes de la historia colectiva e individual. Una historia en la que no faltan luchas y sufrimientos, por eso la mujer grita y sufre.

En la visión del Apocalipsis, junto a este gran signo de la mujer, aparece otro signo, que no es tan grande como el primero. También aparece en el cielo, bajo la mirada de Dios, y tiene que ser interpretado por el hombre, porque no es un signo que se comprende inmediatamente. Se precisa la mirada de fe. Recordemos que estamos en el trasfondo teológico de la historia.

El segundo signo es un dragón, que tiene un gran poder: es rojo, con siete cabezas con diez cuernos cada una. El número diez indica que, aunque el poder del dragón es muy grande, no es plenitud.

Sobre las cabezas hay diademas. Las diademas eran las insignias de los reyes humanos. El poder del dragón se expresa, de este modo, a través de los reyes de este mundo, a través de los poderes humanos: de los que mandan en el mundo civil, y a veces también en la Iglesia.

Con su cola, el dragón arroja sobre la tierra un tercio de las estrellas del cielo. Este hecho ya aparece en el libro de Daniel, con motivo de la auto-divinización del rey Antíoco IV Epífanes. Es como querer crear un nuevo orden cósmico, como querer ponerse en el lugar de Dios. Antíoco, rey griego, al vencer a Egipto, hizo acuñar unas monedas con la siguiente inscripción: «Antíoco dios Epífanes». Es la tentación siempre presente en la historia de querer crear un orden nuevo, de ponerse en lugar de Dios. Es la tentación de todos los imperios humanos, como el imperio romano, o las modernas ideologías, como la actual ideología de género, que quiere usurpar el lugar del Creador.

En el libro del Apocalipsis, los dos signos son puestos uno frente al otro. La mujer dio a luz un hijo varón, y el niño fue arrebatado junto a Dios y su trono. El niño es Cristo. Su ser arrebatado junto a Dios y su trono simbolizan su paso por la tierra, desde su nacimiento hasta su ascensión.

Una vez que el niño fue arrebatado junto a Dios, la mujer huyó al desierto, y allí fue alimentada por Dios durante 1260 días. El desierto es el lugar de la tentación, de la prueba, de la lucha. Pero es también el lugar en el que uno puede experimentar el amor de Dios, recordemos las palabras del profeta Oseas: «La llevaré al desierto y le hablaré al corazón, y ella me responderá como en los días de su juventud» (Os. 2,16).

En cualquier caso, el desierto es el lugar preparado por Dios para la mujer. Allí ha de experimentar la tentación y las persecuciones. Pero Dios no la deja sola, la va a proteger, allí va a alimentarla, va a darle «alas de águila», hasta el punto de que el desierto se va a volver aliado de la mujer, ya que va a abrir su boca para tragar el río de agua que el dragón vomita contra la mujer.

La mujer debe estar en el desierto durante 1260 días, que es la mitad de 7 años, número de plenitud. Es decir, se trata de un tiempo parcial. La prueba no va a durar para siempre. No es la vocación definitiva de la mujer. Ella está llamada a vivir en otro estado, en un estado glorioso. Pero antes debe pasar por este tiempo parcial, de prueba, experimentando el sufrimiento y también la protección de Dios.

La mujer del gran signo del Apocalipsis es María, la llena de gracia, el primer fruto de la Pascua de Cristo. Todo en ella es luz, todo en ella es

gracia. Cuando preguntaban a Lucía de Fátima cómo era la Virgen, ella solo sabía responder: «Ella es luz».

Como hemos dicho, María no es ajena al tiempo, ha vivido en el tiempo, pero lo ha trascendido por el misterio de su Asunción. El día de la definición de este dogma de la Asunción, Pío XII escribió una bonita oración en la que decía: «María, tú que ya has superado el tiempo, no te olvides de la tierra. Vuelve los ojos a este tiempo que no te es ajeno». María, coronada de doce estrellas, es lo mejor de la Iglesia. Es el orgullo de nuestra raza. Ella es nuestro espejo, lo que Dios quiere realizar en todos los hombres, en cada uno de nosotros.

Los «dolores de parto» son su estar junto a la cruz de Jesús, sufriendo con su Hijo, para convertirse en Madre de toda la Iglesia.

El desierto es su trabajo de maduración interior, su vida contemplativa y silenciosa, guardando y conservando en su Corazón Inmaculado las palabras y los hechos de Jesús.

Pero la mujer del Apocalipsis es también la Iglesia. Es ese «resto» que sabe mantenerse fiel a Dios en medio de las pruebas de la vida. El resto fiel de Israel que, en medio de las pruebas, las luchas, las tentaciones y las dificultades, tiene que engendrar a Cristo en las almas, sufriendo dolores de parto. La Iglesia, en efecto, da a luz nuevos hijos, a veces en circunstancias extremas de persecución y de lucha. Frente a ella, siempre está el dragón rojo, que quiere devorar a Cristo en las almas de los hombres.

Este es el misterio teológico de la historia. La historia será siempre un combate. En la historia siempre se estará trabando una lucha: «Pondré enemistades entre ti y la mujer» (Gn 3,15).

El dragón vomitó un río de agua detrás de la mujer, en el desierto, para arrastrarla. Un río siempre tiende a cambiar la naturaleza de las cosas. Un desierto cambia de naturaleza si en él nace un río. Inmediatamente deja de ser un desierto. Vomitando un río de agua, el dragón quiere hacer su propia creación, «un cielo en la tierra, hasta el olvido de Dios». El río de agua vomitado por el dragón es la anti-creación, la perenne pretensión humana de querer ponerse en el puesto de Dios.

El río de agua que vomita el dragón quiere cambiar el desierto: de un lugar de cansancio, donde se prueba el amor, quiere hacer un lugar de consumo y de materialismo. El lugar de las seguridades inmediatas, de los placeres, el dinero y los honores.

Esta es la gran tentación del dragón de todos los tiempos: invitar al hombre a ir por el camino fácil. Se trata de la gran tentación de la Iglesia,

y particularmente de los eclesiásticos, y de todos los cristianos en general: En vez de anunciar la verdad con la cruz, buscar acomodar la fe a los tiempos modernos, a cualquier precio, para evitar la incomprensión y la persecución.

Pero, como relata el texto bíblico, la tierra abrió su boca y se tragó el río. De esta manera se anuncia de quién será la victoria. La victoria definitiva será de Dios y de su Hijo hecho carne en Cristo.

El combate entre la mujer y el dragón continúa vivo en nuestro tiempo. La Iglesia continúa siendo en nuestros días la congregación de los hijos de la mujer. El dragón unas veces quiere devorar a Cristo en la descendencia de la mujer vomitando el río de agua de la auto-divinización, del orgullo, de ponernos en el centro de nuestra vida. Otras veces, vomita el río de ir por el camino fácil, de la búsqueda inmoderada de la comodidad, de ahorrarse las persecuciones y los sacrificios.

Pío IX, contemplando el mar agitado del ambiente cultural de su tiempo, escuchó y meditó las palabras que le escribió el cardenal italiano Luigi Lambruschini (1776-1854):

Beatísimo Padre —le decía el Sr. Cardenal— Usted no podrá curar el mundo sino con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Sólo esta definición dogmática podrá restablecer el sentido de las verdades cristianas y retraer las inteligencias de las sendas del naturalismo en las que se pierden⁸.

El historiador Francesco Guglieta, experto en la vida de Pío IX, señala que el tema del naturalismo, que despreciaba toda verdad sobrenatural, podría considerarse como la cuestión de fondo que impulsó al Papa a la proclamación del dogma:

La afirmación de la Concepción Inmaculada de la Virgen —señala este historiador— ponía sólidas bases para afirmar y consolidar la certeza de la primacía de la gracia y de la obra de la Providencia en la vida de los hombres⁹.

En efecto, el libro del Apocalipsis, en su capítulo 22, habla de otro río distinto del río de agua vomitado por el dragón. Es río que brotaba del trono de Dios y del Cordero. Es el río que brota del Costado abierto de Cristo en la Cruz. Ese río, realmente, hace nuevas todas las cosas. Nos hace nacer a una vida nueva y verdadera, en medio del dolor. El Corazón de Cristo es la única fuente de vida, donde podemos beber para tener una vida digna y nueva.

⁸ Cfr. F. GUGLIETA, en *L'Osservatore Romano*, 13-II-2008.

⁹ Cfr. *Ibidem*.

En este tiempo de desierto, del Costado abierto de Cristo, junto con el agua, brota también la sangre de la Eucaristía, que se convierte en el alimento del caminante. Cristo está escondido ahí, en la Eucaristía. Así lo reconocía Francisco Marto, el pastorcito santo de Fátima, que solía esconderse en la iglesia, detrás del púlpito, para mirar a la Eucaristía.

Tres años antes de las apariciones de Fátima, había comenzado la segunda guerra mundial. El Papa Pío X, después de muchos intentos fallidos por impedirlo, había muerto de pena. Su sucesor, Benedicto XV, también intentó hacer todo lo posible para detener el conflicto, llamando a todos los católicos del mundo a una cruzada de oraciones, pidiendo la paz.

Con la convicción de que todas las gracias nos vienen por medio de Virgen, el 5 de mayo de 1917, Benedicto XV prescribió que se introdujera la invocación «Reina de la paz» en las letanías del Rosario. Ocho días después, el domingo 13 mayo, la Virgen María se aparecía en Fátima, pidiendo a sus niños confidentes que rezaran y ofrecieran sacrificios por la paz en el mundo y por la conversión de los pecadores. De esta manera ponía de manifiesto que el pecado es la causa última y más radical de todos los males que afligen al mundo.

La Virgen de Fátima avisaba de los grandes peligros que amenazaban a la humanidad si Rusia no se convertía. Unos días después, Lenin se alzaba con el poder. Si en la Encarnación, Dios entraba en la historia para abrir las puertas del cielo. Por su parte, la revolución marxista cerraba el cielo y lo ponía en la historia. Era una erupción demoníaca, casi simultánea a una erupción de Dios, que acontecía, en el otro extremo de Europa, por medio de una Señora vestida de blanco, radiante como el sol.

Una vez más, la lucha de la mujer y el dragón, el trasfondo teológico de la historia. Este trasfondo permanece ignorado por parte de la gran mayoría de los intelectuales de nuestro tiempo. Sin embargo, no era así a finales del siglo XV, cuando muchas Universidades no sólo defendían el privilegio de la Inmaculada Concepción, sino que exigían el juramento de defenderlo, antes de la colación de los grados académicos. La primera Universidad que impuso este juramento fue la de París, en 1497. A ella le siguieron las de Colonia, en 1499, y la de Maguncia, en 1500. A finales del siglo XVII defendían el privilegio mariano 150 Universidades, de las que 50 habían hecho el juramento¹⁰.

No deja de ser un «signo de los tiempos» la justa reivindicación del papel de la mujer en la sociedad contemporánea. Como decíamos al principio, la mujer es la obra maestra de la creación de Dios. En el segundo

¹⁰ Cfr. POZO, 328.

relato de la creación (yahvista) del libro del Génesis, que paradójicamente es el más antiguo, la mujer es creada de la costilla de Adán. En el primer relato (elohista), el hombre y la mujer son creados por medio de la palabra. El gesto expresa mucho mejor el amor que la palabra. La palabra es más universal: se puede hablar por radio a la humanidad entera. Pero el gesto es más personal, individual, es para cada persona. Hay un gesto diferente para la creación del hombre y para la creación de la mujer. Al hombre Dios lo creó de la tierra, podríamos decir que con el gesto del alfarero; a la mujer Dios la creó, de la costilla de Adán, con el gesto del cirujano. Por eso, quizá, la sensibilidad de la mujer es más grande que la del hombre, ya que éste viene de la tierra, mientras que la mujer fue sacada del cuerpo del hombre¹¹.

Antes de crear a la mujer, Dios dio al hombre el poder de dominar a todo lo demás, pero el hombre estaba solo. El hombre está solo si no ama, aunque tenga muchas riquezas. Es una suerte que Dios sumergiera en un profundo sueño al hombre para crear a la mujer, como mediadora de su amor. De esta manera, Dios la creó sin pedirle al hombre su opinión. El hombre habría tenido la tentación de querer modelar a la mujer según sus deseos. Pero era preciso que la mujer fuera otra distinta de sí, y era necesario que fuera Dios quien se la diera, y que se la diera precisamente como otra distinta de sí, para permitir de esta forma una conversación y un complemento necesario.

La libertad de cada uno de nosotros queda así interpelada para acoger en nuestra vida a la Mujer Inmaculada, como la verdadera clave hermenéutica de nuestra historia. Así lo hizo San Juan Pablo II, con las palabras de San Luis María Grignon de Monfort, de las que extrajo su conocido lema pontifical: *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum Maria!* Soy todo tuyo y todo lo mío es tuyo. Te recibo como mi todo ¡Dame tu corazón, oh María!

Termino mi reflexión recitando un himno católico muy antiguo, escrito al parecer en el siglo IV, el *Tota pulchra es Maria*. Pertenece a las segundas Vísperas de la Inmaculada Concepción, y está tomado en parte del libro bíblico de Judit y en parte del Cantar de los Cantares. Se trata de una oración que ha servido de inspiración para muchos compositores a lo largo de los siglos, como Schumann, Anton Bruckner, Casals o Duruflé:

*Tota pulchra es, Maria,
et macula originalis non est in te.
Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

¹¹ Cfr. PHILIPPE, 87-92.

*¡Oh! María, virgo prudentissima, mater clementissima,
Ora pro nobis, intercede pro nobis ad Dominum Jesu Christum*

Eres toda belleza, María,
y el pecado original no está en ti.
Tú, la gloria de Jerusalén, tú, alegría de Israel, tú, honor de nuestro pueblo,
¡Oh! María, Virgen prudentísima, Madre clementísima.
Ruega por nosotros, intercede por nosotros ante nuestro Señor Jesucristo.

«¿Quién es esta que surge cual la aurora, bella como la luna, refulgente como el sol, imponente como batallones?», se pregunta el autor del Cantar de los Cantares (6,10). Ahora ya sabemos cómo responder: es María Inmaculada, la mujer silenciosa y orante que explica el sentido de la historia porque nos ha dado a Jesús, el fruto bendito de su vientre.

Hermosa eres, amiga mía, como Tirsá (la primera capital del Reino del Norte de Israel),
encantadora como Jerusalén,
terribilis ut castrorum acies ordinata (imponente como batallones).

(...) Única es mi paloma, mi perfecta (Ct 6,4-9).

Muchas gracias.